

Lamaría

Una gran flor de plástico sobresalía de su sombrero. Como las artificiales que algunos dejan sobre las tumbas que no vuelven a visitar, pero que ponen de forma prolija en un florero al lado de la placa. No recuerdo bien el color, porque esa mañana lloviznaba y todavía estaba oscuro. Pero era de un material brillante. A pesar de la poca luz y de que yo estaba estacionado a media cuadra, el accesorio destellaba.

Siempre pensé que a *lamaría* iba a reconocerla por su cojera. Por esa malformación que ninguno de los muchachos del bar obviaba cada vez que las anécdotas de las últimas revolcadas con ella se colaban entre las cervezas. Como si se midieran en un ring para ver quién era el más viril o el más adinerado de la noche. Pero no. Esa mañana, después de haber pasado tantas veces por el domicilio adonde una vez escuché que vivía, lo primero que vi de *lamaría* fue ese sombrero estrambótico.

Recién después, imitando a un aparato de los que hacen radiografías de cuerpo entero, lo primero que recorrí con mis ojos fue su cara, que por la visera del sombrero sólo mostraba detalles de la nariz para abajo. Seguí por sus pechos, que apenas se pronunciaban detrás del suéter ajustado y que imaginé como dos flores campanillas. Por último, miré sus largas y delgadas piernas que me demostraron que se trataba de ella. Más allá de los movimientos torpes con la escoba, como si quisiera borrar del cemento un mal recuerdo, noté que una pierna era más corta que la otra y que eso llevaba a que los cachetes de la cola se le movieran de

forma más abrupta que las colas que yo estaba acostumbrado a mirar por la calle.

Me pareció que si *lamaría* seguía barriendo unos minutos más la flor se le iba a desfigurar con la lluvia. El cielo iba poniéndose negro, pero ella parecía no notarlo. Tampoco demostraba tener frío. Lo que, supongo, podía ser por los movimientos brutos con esa escoba. Me imaginé que estaba sudando. Que de su cuerpo podía estar emanando un olor especial, mezcla de jabón con fragancia barata. Porque con la transpiración el perfume de los cuerpos se vuelve más potente.

Igual, había escuchado que *lamaría* era limpia. Los muchachos solían destacarlo seguido en sus relatos, sobre todo si alguien nuevo se sumaba a la conversación. Tenían que auspiciarlo, como si fuera el adicional de una promoción de comida rápida. El premio, en un combo.

Que fuera limpia parecía ser tan importante como que fuera gauchita. “Estuvo bien gauchita esta vez” o “no estaba tan gauchita la otra noche”, decían. Y no daban más detalles aunque los que los escuchábamos recreábamos esos detalles en nuestras cabezas según las preferencias de cada uno.

“Es que la Ñata tiene siempre olor a lavandina en las manos. ¿Entendés?”, me dijo una vez el Joselo Olgún, haciendo referencia a su mujer, como pidiendo compasión. Él era de uno de los que más peleaba por destacarse, cuando de las hazañas de *lamaría* se trataba. Recuerdo que asentí con la cabeza y que levanté las cejas, como si estuviera asombrado. Después de su comentario, se limpió un poco de cerveza que le había quedado en el labio con el revés de la mano y

yo me concentré en ver cómo esos restos de bebida le brillaban en los nudillos, mostrándolo aún más sucio.

Igualmente, yo tampoco podía imaginarme las manos de *lamaría* oliendo a cloro. Pero sí con dedos finos y largos. Y agrietadas por la tiza, después de escribir en el portón negro de su casa, como si fuera una pizarra, la oferta de la semana. “VENDO sillón, televisor 32 pulgadas y cafetera”, se leía detrás de ella, esa mañana lluviosa en la que la vi detenidamente por primera vez. Juegos de mesas y sillas, camas, hasta platos y ollas ofreció después. Como si fuera alguien que busca rematar lo que le está quedando de una casa que necesita vaciar con urgencia para viajar o para cambiar de vida.

Sin embargo, no había escuchado a los muchachos del bar mencionar en ninguna oportunidad que *lamaría* fuera a mudarse. Todo lo contrario. Las historias en torno a ella siempre dejaban lugar a una próxima vez, como si ella fuera una fuente de agua a la que pudieran ir cada vez que estuvieran sedientos. Peor que animales en un desierto. Tampoco vi nunca a nadie recoger de ese domicilio algo de lo que ofrecía a la venta. A la única a la que levantaban de ese domicilio y con devolución era a ella.

Esa mañana de lluvia fue la primera pero no la única vez que pude verla. Desde entonces, recorrer su cuadra empezó a ser parte de mi camino habitual para ir y volver del trabajo. A pesar de que por otra ruta me hubiera ahorrado unas cuantas cuadras, elegí pasar por ahí. Al principio, me costó que coincidiéramos. Una vez vi su brazo cerrando la puerta de una Ford que salió chirriando, cuando ella recién terminaba de subirse. Otra vez la observé sentada sobre la garita de gas moviendo ansiosa las piernas que golpeaban la chapa, como un niño que espera en la vereda que un vecino salga a jugar.

No pude verle la cara para descifrar si lo hacía contenta o angustiada. Un auto venía detrás del mío y me impidió mirarla por el espejo retrovisor.

Mientras tanto, como cada noche, yo caía a la cantina a mirar algo de tele y a charlar con los muchachos entre los que ya no me sentía tan extraño, a pesar de que seguía sin opinar mucho. Sí le prestaba mucha atención al que contara alguna anécdota reciente con *lamaría* y relacionaba si ése mismo era dueño de alguna Ford. O si alguien hacía mención a una demora o a que tuvo que dejarla plantada, para deducir si era el que la había hecho esperar sentada en la garita de gas. Para después, derramarles la cerveza encima supuestamente por torpeza. O para dejarles alguna marca en sus vehículos que recién verían al otro día, con la luz del sol y que jamás relacionarían conmigo.

Es que el nombre de esa mujer de piernas largas y desperejas aparecía en las charlas todas las noches, como si no hubiera algo más entretenido o novedoso de qué hablar. Los muchachos no eran de leer diarios ni mirar la noticias y las rutinas del barrio, por afuera del trabajo, se completaban con la cerveza, el maní y alguna pelea en la tele. Todo en la cantina. Por eso, y porque debía cuidar mi lugar en el grupo, yo hacía grandes esfuerzos para que no vieran que terminaba las noches cada vez más enfurecido o excitado. También tuve que buscar buenas excusas para justificar por qué me iba cada vez más temprano. De cualquier modo, todo llevaba a que me acostara siempre con *lamaría* en la cabeza.

Y como las casualidades de verla justo cuando pasaba con mi auto no venían siendo muchas, decidí salir antes para ir a trabajar. Así podía tener tiempo de estacionarme a fumarme un pucho en la

esquina de su cuadra. Cuando regresaba, también adopté el mismo hábito. Ya no me resultaba difícil distinguirla y no por la cojera, a excepción, otra vez. Siempre estaba vestida de forma llamativa. Reluciente. Pasaba de usar chupallas coloridas a gorras deportivas echadas hacia atrás, como un varoncito, pero ella sabía darle un toque femenino y coqueto. Las combinaba pintándose la boca de algún color furioso y con un azul o un verde en los párpados que se notaba a varios metros de distancia. Me cuesta creer que la Ñata nunca encontrara manchas de esos colores en las remeras del Joselo Olguín. Pero también sospechaba que, si alguna vez puso en aprietos a su marido, nosotros jamás nos enteraríamos.

Nunca vi a *lamaría* de falda corta y supuse que era porque podía remarcar más su cojera o el defecto en su pie izquierdo. De eso también hablaron los muchachos una noche, medio entre burlas, aunque a más de uno me lo imaginé chupándole los dedos deformes y calentándose mientras ella se los restregaba de forma sensual sobre sus piernas. Quizás por ese defecto siempre usaba zapatillas, aunque sobresalieran y le quitaran el glamur a sus calzas patas elefante o a sus pantalones blancos.

Cuando quise acordarme, cada vez le dedicaba más tiempo a esos ratos de descanso. Y para que rindieran, empecé a dejar estacionado el auto y a bajarme a caminar por la zona. Ahí sí que las escenas en torno a *lamaría* empezaron a repetirse, como patrones y de forma sistemática. O no había movimiento alrededor de su casa y las cortinas en sus ventanas estaban corridas sin dejar que pasara un mínimo de luz, y yo sospechaba que ella estaba adentro y acompañada. O me encontraba directamente con su figura reluciente, esperando en la vereda que alguien la recogiera. Así, yo

pasaba de imaginarme a quién le tocaba estar en su cama y qué tan gauchita estaba siendo, o descifrar quién era el que la pasaba a buscar, adónde se irían y cómo olería su perfume después de dejar transpirados los plásticos de los asientos.

A la mayoría de los muchachos de la cantina les conocía los vehículos. Entonces, empecé a descubrir quiénes por las noches exageraban en sus relatos y hasta quienes no la mencionaban, aunque yo sabía que habían estado con ella.

Hasta un día en el que la escena cambió. *Lamaría* salió de su casa con los ojos pintados de azul, un pantalón verde manzana y unas zapatillas grises. Me di cuenta que nadie pasaría por delante de su casa a buscarla. Que no iba, tampoco, a sentarse a esperar en la garita de gas. Se corrió la cartera hacia un costado como quien se dispone a caminar y avanzó con movimientos exagerados por la cojera hacia donde yo estaba estacionado, y todavía fumando. En segundos, me paralicé. Me percaté de eso cuando vi que el cigarro se consumió sin que yo volviera a darle pitadas y que la ceniza se me había caído sobre el pantalón. Mientras tanto, esas piernas desiguales se veían cada vez más cerca y aunque no pude mirarla de atrás me imaginé cómo los cachetes de la cola se le subían y se le bajaban de forma violenta. Ella tenía la boca más roja que nunca. La mía se me secaba por todo el tiempo que la tuve entreabierta, que fue lo que se demoró en el trayecto desde su casa hasta el auto. De a poco, el olor a jabón y a perfume fue entrando hacia al interior del vehículo y se mezclaba de forma nauseabunda con el de mis axilas. Yo ya tenía la entrepierna húmeda.

Recién cuando se asomó para hablarme, después de que apoyó un brazo y sus manos en la ventanilla, como punto de apoyo y

aprovechando que el vidrio estaba bajo, descubrí que nunca antes la había mirado directamente a los ojos.

“¿Y vos? ¿Cuánto tenés?”, me dijo mientras movía lentamente la cabeza de arriba hacia abajo, como quien asiente más por resignación que por enfado. Yo me miré la entrepierna para comprobar lo que sentía: que la tenía dura. Encendí el auto y volví a mirarla. “¡Putá!”, pronuncié despacio, separando en sílabas la palabra, y logrando así que ella se corriera. Después, salí chirriando.

Esa noche fui a la cantina, como de costumbre, y me senté con los muchachos. Cuando salió el tema de *lamaría* aporté mi testimonio, adueñándome de una de las escenas que tantas veces me imaginé que ocurrían en esa casa, cuando las cortinas estaban corridas. No era ni la más osada de las que escuché antes alrededor de esa mesa, pero tampoco estuvo mal, y nadie cuestionó si era real. Como en un carrusel, cuando terminé con los detalles, siguió con su anécdota el de al lado. Yo esa noche fui el último en irme del bar, por primera vez.

Harta

Mientras todos dormían, buscó la manera de que se le enredaran en el cuello sus propios hilos. Así, cuando el titiritero volviera a agarrarla, la marioneta podría darle, al fin, su última función.

Expectativa

Bordé tus lunares en mi individual para desayunarte todas las mañanas. Sé exactamente donde doblan tus hombros y por eso podría descoserte la espalda y remendarla con los ojos cerrados. Le hice el ruedo a las sábanas para que no rocen la tierra y continúe este sueño. Pero, después, tuve que darme puntadas en silencio, zurcirme la boca para no gritar y pinchar agujas en varias muñecas implorando tu nombre. ¿Viste? Cuando quiero, yo también puedo ser una experta costurera.

Muñeca Rusa

La primera era hacendosa y dejaba relucientes las habitaciones de la casa. Tejía con prolijidad y sus platos eran exquisitos. Su hija heredó algunos trucos para que le saliera el punto cadena a crochet. Pero la comida se le quemaba o quedaba desabrida. Su nieta tampoco aprendió las recetas y se acostumbró a comprar comida hecha. Lo hizo durante sus matrimonios porque se casó dos veces. Con el primer esposo, tuvo una hija que fue mamá adolescente. Apenas alcanzó la mayoría de edad, esa beba trabajó para armar la mochila y salir a recorrer el mundo. Después, se instaló en un departamento junto a un gato, su única compañía hasta la muerte. Dicen que esta es una de las historias descriptas en los manifiestos del Club de las Mamushkas, crítico acérrimo del canon del “ciclo de vida”.

Empate

Sale del arco y abandona la boca. Gambetea con la lengua los lunares del pecho. Se detiene a mitad de cancha y levanta la mirada. Su contrincante está distraída. Y extasiada. Marea a la defensa y le hace un caño a una mano. Ingres a al área y no duda en rematar al ángulo. La euforia del gol, increíblemente, se grita en ambas tribunas. Su rival no reclama. Le gusta que le crucen la vida en offside.